

TAMBIEN LA MUERTE

EMILIA MORENO GONZALEZ

(A la memoria de Francisco Vargas y Eitel von Muhlenbrock, fallecidos el 6 de julio de 2011 en Piedrahíta)

Le encantaba llegar a la piscina a esa hora en que hasta los niños habían abandonado el agua. Cuando ya iba refrescando, sí, porque las sombras se alargaban cada vez más. Le encantaba contemplar el agua en su quietud verde, como si fuera un bloque de gelatina casi inmutable, que a veces una brisa traviesa hacía temblar o que se alteraba por el breve contacto de los pájaros que la sobrevolaban saciando por turnos su sed. Le encantaba porque entonces el agua era toda suya, el trofeo merecido por la resistencia al frío que había desarrollado con los años.

Se sentaba en el borde de la piscina con todos los accesorios (gafas, tapones, la goma del pelo) y se iba preparando sin prisas, sin dejar de mirarla, hasta que el deseo de sumergirse, de surcar esa quietud, se hiciera absoluto, y apenas importara el impacto del frío que sufriría un segundo después.

Se lanzaba, y antes de que el impulso dado a su cuerpo completamente estirado perdiera su fuerza, todo su ser se empleaba eficazmente en iniciar los movimientos que le harían seguir avanzando, sin detenerse ni un segundo, sin un segundo que perder. Sus pies, ligeramente más separados por los talones que por las puntas, batían el agua con rapidez, como una hélice que anclara el cuerpo al agua e impidiera que el ritmo poderoso de los brazos lo desequilibrara y perdiera su posición horizontal. Y así avanzaba: la hélice en los pies, los brazos remando, la cabeza mirando siempre el fondo, para girar sólo noventa grados, en una brazada de cada tres, y recoger el oxígeno necesario.

En una brazada de cada tres, justo al iniciarse el círculo completo que alternativamente dibujaba cada codo, que emergía del agua arrastrando antebrazo y mano hasta alcanzar el punto más alto, para que la mano se desplomara desde la altura y se lanzara en picado de nuevo al agua. Como un ave que cobrara vida entonces, al estimulante contacto con el agua, todos sus músculos se plegaban, hasta convertirse en ese pequeño cuenco que se sitúa al extremo de cada remo y que nos hace avanzar en perfecta coordinación: la hélice en los pies, los brazos remando, la inspiración que se sucede una brazada de cada tres, con ese codo que emerge, se eleva y se desploma, cuando la mano se abalanza y arrastra consigo todo el brazo.

Todo tu ser dirigido al fin hacia sí mismo, hacia tu única verdad, ajeno a los demás gestos, a las otras caras que componen un día.

Todo tu cuerpo hecho movimiento. Un, dos, tres. ¡Aire! Un, dos, tres. ¡Otra vez!

Avanzas hacia ti, te reconoces; atrás quedan las voces que se alejan, se desdibujan y se extinguen; y es tu cuerpo el que respira, el que puebla tu conciencia y existe plenamente.

Tu cuerpo desnudo y vigoroso que surca la barrera del silencio, que rema contra el frío que envuelve la conciencia y te alcanza en el mismo centro de tu soledad: ese santuario, esa cripta o gruta subacuática donde sólo existes tú.

No te importan entonces los años, ni el dolor que el tiempo ha ido cobijando poco a poco entre tus huesos; ¿qué importa no ser joven, si tus brazos emergen vigorosos y tus pies te ensamblan a la vida? ¿Qué más da, cuerpo, que no te amen ni deseen como entonces?; ¿qué te pesan el trabajo, la familia, esa exigencia voraz con que tus hijos te reclaman, cuando tú, cuerpo, eres pura ingravidez? ¿Qué amenaza es entonces esa muerte, qué puede vulnerarte, si es tu corazón el que palpita y tú la que te aferras a la vida?

Un, dos, tres. ¡Aire! Un, dos, tres. ¡Otra vez! Brazada a brazada, palabra sobre palabra, emerge nítida tu voz, acariciada por el murmullo de burbujas, acompasada por el implacable chapoteo de los remos. Una voz que todo lo concilia y enamora y que enaltece tu valor; la humilde entrega de amante que te conduce casi desnuda

hasta la orilla, que te impulsa a lanzarte cada tarde y a librar, una vez más, el fragoroso combate de músculos y alvéolos en el que encuentras tu fuerza, tu silencio, tu paz.

La piscina, su trofeo, es sólo un rincón, un bloque de gelatina verde casi insignificante en la amplitud inabarcable de la llanura, esa muestra generosa del tamaño del mundo, que sólo se goza por entero desde el silencio alto de las cumbres. Un humilde rectángulo, de diez metros por treinta, que apenas sería perceptible al sobrevolar el valle, si no fuera por su color, que es artificial, que es obra del hombre. Sin embargo, igual que ocurre con el resto de las aguas que surcan el valle, su presencia se evidencia por los chopos blancos, altos y ondulantes que preservan su frescor. Pero la piscina no significa nada, definitivamente deja de existir desde la cima más alta que enmarca el llano, Peña Negra, donde los más valientes se dan vuelo.

Le encantaba subir a Peña Negra a esa hora en que el anochecer ya se presiente, sí, porque las sombras son cada vez más largas. Le encantaba porque a esa hora la tierra expulsa el calor que ha acumulado a lo largo del día, y son más frecuentes las ascendentes o térmicas que le hacían volar.

Se situaba en un punto del verde artificial del césped y extendía su parapente. Iba provisto de todo lo necesario: casco, gafas, botas, protección dorsal, y se disponía a esperar el momento propicio. Sujeto al parapente por el arnés que rodeaba la parte superior de sus muslos, de espaldas al sentido del vuelo, tensaba las múltiples y resistentes cuerdas con que sus manos sujetaban la tela. Colaboraba así con el viento, tirando ahora de aquí, ahora de allá, hasta que la brisa caprichosa se colaba por las celdillas laterales de la vela y se inflaba el parapente, que dejaba de ser por fin una tela desparramada sobre el suelo y se transformaba en un planeador que flotaba sobre su cabeza.

Sin demorarse un segundo, sin un segundo que perder, giraba 180 grados y se colocaba en sentido del vuelo. A punto de ser ave, entonces, con el cuerpo adelantándose a los brazos extendidos hacia atrás, se mantenía ligeramente inclinado, con la vista siempre al frente, para propiciar el impulso. Los brazos hacia atrás, la vista al frente; sujetando las cuerdas con las manos, el cuerpo inclinado hacia adelante. En la cara, inocultable, el ansia de volar. Y así, como si fuera un nadador a punto de lanzarse, iniciaba su carrera hacia el vacío, hacia el punto en que la superficie inclinada de la ladera se cortaba bruscamente, le hacía perder pie y encontrar el vuelo. Ya sentado sobre el arnés, con un mando en cada mano, controlaba la posición de cada semiala y decidía la dirección.

Todo tu ser se eleva al fin sobre el abismo, suspendido de alas como dardos, que dibujan audaces la extensión de su poder. En tu pupila se imprime el valle entero, y es tan suave tu bogar, que pareces detenido, anclado al aire, suspendido de su misma transparencia.

Con la pericia del buitre, accionas con los dedos la parte trasera de tus alas y te desplazas blandamente, fuera ya de cualquier ritmo o implacable compás, libre del esfuerzo mecánico. Sólo el murmullo de la brisa acaricia tus oídos, sólo tus ojos devoran el valle, la gama infinita de los verdes, las arterias de plata que nutren los pastizales amarillos.

Como un dios menor, te has escapado del tiempo, Ícaro soberbio, fulgurante Faetón, y casi te parece que eres tú el que, a su paso, despliega el manto de acero púrpura que expande el sol en su caída. Como un dios menor, sólo tuyo es el privilegio de ver el mundo lejano, intacto, eterno en su quietud.

Una tarde más había llegado a la piscina, a esa hora en que el agua está vacía y sólo quedan los últimos destellos de sol. Después de lanzarse, avanzaba, entregada a su pasión, una vez más: la hélice en los pies, los brazos remando, la cabeza mirando siempre al fondo, ajena a los demás gestos, a las otras voces que pueblan el día. Pero esa tarde quería recrearse, sus vacaciones terminaban, y quería llevarse en la memoria el dulce balanceo

de los chopos, el cielo insondable y azul; los guiños que el sol, ya en poniente, le hacía cuando inspiraba hacia ese lado. Por eso, después de lanzar en picado su mano derecha de nuevo al agua, la recogió junto a su muslo, giró sobre sí misma e hizo que su brazo izquierdo fuera el primero en remar en sentido inverso, ahora que nadaba boca arriba y rotaba sus brazos hacia atrás. Y entonces, lo vio. Percibió su ala negra y roja aproximándose suavemente desde lo alto, probablemente con la intención de aterrizar en algún prado cercano a la piscina. Pero aún estaba alto, aún su vela navegaba en todo su esplendor. Por supuesto, no era la primera vez que lo veía y de nuevo volvió a mirarlo con envidia, aunque no exenta de cierta curiosidad. Se preguntaba si él podría percibirla en la distancia, si él también la miraría con admiración; si, visto desde arriba, también su cuerpo daría la sensación de desplazarse blandamente, en perfecta armonía, alterando apenas el agua con su roce, como si estuviera encajado en ella, como si su cuerpo fuera agua y se fundiera con ella por completo.

Esa tarde estaba inquieta, necesitaba abandonar sus ensueños, vivir algo diferente, dejar de elucubrar. Entonces decidió averiguar de una vez quién era él, preguntarle si se había fijado en ella, esa nadadora solitaria que compartía con los voladores la gloria del atardecer. No sería difícil. Tenían la costumbre de reunirse en una cervecería para la cena, donde les servían hamburguesas, ensaladas, chuletones. Muchos de ellos eran extranjeros, podría divertirse hablando un poquito de inglés aquí, algo de francés allá.

Terminó de nadar y se vistió. Cepilló su abundante melena, se hidrató el cuerpo y la cara y fue a su encuentro. Ya no era joven, es cierto, pero se sentía plétórica, segura. Con esa serenidad que dan las endorfinas recién segregadas, con el aplomo con que camina un cuerpo que tiene cada vértebra colocada en su sitio, cada músculo sosteniendo o desplazando la parte que le corresponde. Se acercó a una mesa donde se apiñaban jarras espumosas de cerveza y caras relajadas y curtidas. Algunas se volvieron y la miraron expectantes. Cuando por fin entendieron lo que preguntaba, la enviaron dos mesas más allá. Respiró aliviada cuando distinguió entre las voces la inconfundible musicalidad argentina.

¿Quién de vosotros tiene un parapente negro con un dibujo rojo en la parte delantera?, preguntó.

¿Cómo? ¿Preguntás por el del ala roja y negra? Es ese, Tato, respondió uno de ellos.

¿Te importa que me sienta?, dijo con un hilo de voz.

¡Por favor, cómo no!, respondió Tato, iniciando y casi simultáneamente interrumpiendo el ademán de levantarse.

También ella pidió cerveza y empezó a explicarle por qué quería conocerlo. Le contó cómo lo envidiaba, lo que sentía cuando nadando lo veía planear suspendido en lo más alto. Veía a otros voladores, claro, pero él, quizá también por el diseño y el color de su parapente, resultaba inconfundible.

Es que soy un campeón, se rió.

Y era cierto. Era uno de los favoritos en el campeonato mundial que esos días se celebraba en Piedrahíta. Un hombre al que la madurez y los muchos años de vuelo habían convertido en un experto piloto. Se sintió halagado. Siempre nos engrandece ser únicos para alguien.

Brillaba la complicidad en los ojos de ambos. Ahora sólo la luna se elevaba grandiosa sobre Peña Negra y se reflejaba en la piscina.

Al final él acabó admitiendo que también se había fijado en ella, que no había podido distinguir desde la altura si era hombre o mujer, pero que tampoco había podido escapar a ese juego de espejo: él, planeando suavemente en el aire y devorando el valle desde arriba; ella, nadando a espalda, reteniendo en su pupila las figuras recortadas en la profundidad del cielo azul.

Quizá era sólo un cumplido, pero le sonó bien. Llega un momento en la vida en que por fin sabemos que todo pasa muy deprisa. Aprendemos entonces a exprimir cada momento, a concederle la plenitud que le corresponde, sin dejar que interfiera el pasado reciente, sin permitir que se contamine de la expectación que

provoca lo que está por venir. Le sonrió, le agradeció el gesto. Recordó lo que sentía cuando lo veía volar, se dejó empapar por la sensación y, cuando sintió reconcentrado su deseo, se lanzó.

Podrías invitarme a volar, dijo.

Él la miró primero con sorpresa, después, asintió aprobando la idea, a la vez que parecía estar calibrando algo.

Mañana es la manga hasta Ávila, contestó. Si podés prescindir de la piscina, subimos a Peña Negra al atardecer.

Un escalofrío la recorrió entera, como si se acabara de lanzar de cabeza a la piscina. Sólo que ahora no sabía qué músculos mover ni cómo respirar. Por fortuna siempre supo fingirse valiente cuando más miedo tenía.

De acuerdo. Nos vemos aquí a las siete y media, pero ahora me tengo que ir. Se pusieron en pie y se estrecharon las manos con tibieza.

Pasó la mañana como solía, acelerada con sus cosas. Recados, cocina, las odiosas e inevitables labores de limpieza. Pero un día más parecía que iba a conseguirlo, que iba a poder disfrutar de su momentito de periódico y frescor, sentada a la sombra en su patio, mientras esperaba la invasión de su familia, la llegada a la hora de comer. Pero apenas había comenzado a hojear el diario, a reponerse de su ajetreo cotidiano, cuando la sorprendió y se hizo omnipresente el agorero alarido de una alarma de ambulancia urgida hacia la sierra.

Pueden ser los del parapente, pensó, pero también algún enfermo de Navancuerda.

Cuando llegó su hijo, le contó lo que sabía: uno de los pilotos, por favor, Tato no, había fallecido tras haber impactado contra el suelo.

En las noticias de la tarde, pudo oír la declaración de un testigo presencial:

“Forges, para nosotros Tato, acababa de despegar e iba volando cerca del relieve, a lo largo de la ladera. Su vela tuvo una plegada frontal, hizo un croissant y se encorbaron ambas puntas. Entonces comenzó a descender, parachutado de manera estable. Pero, cuando estaba cerca del suelo, la vela entró en giro negativo y el impacto fue inevitable. Cuando llegó la ambulancia, aún no había fallecido, pero ya fue imposible reanimarlo.”

Todo tu ser se eleva sin fin sobre el abismo, detenido en suave navegar. Todo tu ser pendiente de recuerdos que hablen de tu gloria, que extiendan tu poder. Tu pupila se lleva el valle entero para siempre; para ti ya sólo el suave planeo, libre de todo ritmo, ajeno a cualquier compás. La brisa acaricia tu frente, el viento se hace música en tu oído, mientras tu vela desparramada se infla y desinfla a su capricho. Como un dios menor, te has escapado al tiempo, fulgurante Faetón, y sólo tuyo es el privilegio de ver el mundo lejano, intacto, eterno en tu quietud.